



SORPRESAS-CHICAGO

CASI PERIÓDICO SEMANAL

Este semanario no admite suscripciones. Se venderá por calles, paseos y teatros á ocho cuartos el número. Si el sobre que aparece en la cuarta plana contiene papeleta con opción á la sorpresa correspondiente, ésta podrá ser recojida de la Administración dentro de un plazo de seis días. Pasado éste caduca el derecho del tenedor de la papeleta.

Redacción y Administración: Alix. 82—Sampaloc.

SUMARIO

Entre número y número, por Yo—Revistas Cómicas, por A. D.—El voluntario, por Sejo—El mundo ideal, por Fé de Rico—Cantares filosóficos, por José Jackson Veyán.
Grabado, por Mecachis y Cilla.

ENTRE NÚMERO Y NÚMERO.



EN cumplimiento de nuestra promesa, hecha en el número anterior, fuimos á Cavite el domingo último todos los redactores y el administrador de «SORPRESAS-CHICAGO.»

Aunque no salió ninguna comisión á recibirnos, como confiadamente [esperábamos, no por eso el enojo ni el despecho ha hecho presa en nuestro magnánimo corazón.

¡Siempre tan bonachones!

Las fiestas resultaron lucidas en el *Cádiz Filipino*, esa población que todo lo tiene pequeño: las casas resultan hechas para enanos; las calles parecen dispuestas para pigmeos y en el reducido santuario apenas si cabrá una muchedumbre de los gnomos de que nos hablan las leyendas. Hasta las caviteñas, con ser muy hermosas, son unas mujeres compendiadas.

Hubo certámen escolar, carreras de bicicletas, de cintas, función de pólvora, procesión, teatro, y baile en casa de Osorio.

También hubo su poco de informalidad por parte de las empresas de los vapores que hacen el servicio entre Manila y Cavite, que tuvieron á bien prohibir la salida de buques después de las once de la noche, á pesar de haber ofrecido lo contrario.

Como resultado de esto, tuvimos que dormir los susodichos redactores y administrador en un banco del *Reparo*, recibiendo sobre nuestros delicados cuerpos el relente de la noche.

Determinaciones como las que apuntamos, y más cuando han sido adoptadas por respetables casas navieras, merecen nuestro aplauso.

¡Quién sabe si el fuerte constipado que cogió nuestro administrador aquella noche contribuirá al desarrollo de sus pulmones!

El domingo amena reunión en casa de los Sres. de Pereyra, que solemniza-

ban la fiesta onomástica de la señora y señorita de la casa.

Muy contentos los invitados y muy amables los anfitriones.

Los lunes del general de Marina, concurredísimos. Distinguida representación del sexo fuerte, y de damas un coro de angelitos.

El Señor Abarzuza, Ministro de Ultramar, al tomar posesión de su elevado cargo, ha dicho que no quiere que nadie lllore y que él contribuirá á evitar el derramamiento de lágrimas.

O, en castellano, que no dejará cesante á nadie, sino que antes bien procurará la estabilidad é inamovilidad de los empleados.

Si la *estabilidad* se parece á la del Cañonero *Filipinas* y la *inamovilidad* á la de los funcionarios del Tribunal de Cuentas de estas islas ó á la de los auxiliares de Fomento, nos hemos divertido.

En fin, SORPRESAS-CHICAGO, como no es susceptible más que de una casi-opinión, se calla.

Llegó *El Isla de Luzon* sano y bueno, á pesar de los funestos augurios y tristes presagios anunciados por algunos magos de á real y medio la pieza ó astrólogos de *caña y nipa*.

Viene un periodista: Ricardo García Mercet. Reciba nuestro casi-saludo de bienvenida.

Los Señores de Zóbel recibieron el miércoles por la tarde.

El emperador y la emperatriz del cielo abandonan á Peking por miedo á que los japoneses les corten la coleta.

Inglaterra enseña descaradamente los dientes, mientras Francia y Rusia, en la sombra todavía, la una afila las uñas y la otra mueve la cola.

¡Y SORPRESAS-CHICAGO sin encontrar un corresponsal especial que quiera representarlo en el teatro de la guerra!...

Nosotros no reparamos en gastos, en vista de que el favor del público es mayor cada día.

Ahora nos hemos puesto en correspondencia con Eduardo Saenz Hermua (*Mecachis*) y con Ramon Cilla, para que colaboren en nuestro semanario, y ambos afamados caricaturistas se han comprometido á mandarnos dibujos todos los correos.

En el «*Isla de Luzón*» hemos recibido algunos, hábilmente grabados por Laporta, de los que ofrecemos muestras á nuestros lectores.

También Mad. Leontina, afamada revistera de modas, se ha ofrecido á remitirnos desde París modelos de trajes elegantísimos para señora que publicaremos oportunamente.

Después de esto, ¿quieren ustedes más?
BELIAL.

LOS QUE LO ENTIENDEN



Leyendo SORPRESAS CHICAGO,



EL HABLA DEL PORVENIR.

Va siendo ya tan común y corriente el ser poeta, que para escribir en verso ya todos se las arreglan, y el día menos pensado, siguiendo por esta senda,

no sabremos explicarnos de otro modo ni manera.

El pueblo hablará en *romance* que á más su ciencia no llega que á saber a sonar en una forma incorrecta.

La gente alegre y festiva, aficionada á las juergas, rimará con *seguidillas*, metro que quita las penas. Y habrá andaluz que use sólo los *cantares* de su tierra.

Estudiantes y modistas hablarán siempre en *cuartetos*, que es metro que prontamente y á poquito se *cuarteo*.

Los soldados, en *quintillas*, y las mujeres, en *décimas*

Los *versos endecasílabos* usarán la gente seria: los políticos, *letrillas*, y, si es que á ministros llegan, cantarán al presupuesto *anacrónicas endechas*.

O frate ó sábio será quien con *sonetos* se atreva.

Los monárquicos *octavas*; *silvas*, cómicos, poetas, pintores y otros artistas, toda gente de ralea.

Y con tanto hablar en verso puede que nadie se entenda.

Y ese esfuerzo que se hace muy malamente se emplea, pues que podría servir para una obra benemérita: para aprender á expresarse sin estropear la lengua.

A. D.

AFINIDAD



Nieguen ustedes ahora que la aristocracia se congracia cada vez más con el populacho.

EL VOLUNTARIO.

(CUENTO DE LA GUERRA)

I

Andrés y Juan eran amigos íntimos, aunque separados por gustos y diferencias esenciales de carácter: era el primero bonachón y expansivo; el segundo duro y retraído: á todo accedía Andrés, porque todo lo encontraba bueno y de todo refunfuñaba Juan, porque lo hallaba contra sus gustos; por último, si el uno era generoso hasta el desprendimiento, el otro era avaro hasta la exageración, y si el primero se alegraba de la ajena felicidad, el segundo envidiaba hasta las desgracias, por

enviñar algo; á pesar de estas antítesis se querían con cariño, de conveniencia en Juan y puro é inmutable en Andrés.

Vivían en un pueblo de la montaña y eran ganadero y labrador respectivamente, los dos hombres de posibles y de gran arraigo y reconocida influencia en el lugar.

Para que todo fuesen desgracias y dimes y diretes, que no buscaban pero que naturalmente se presentaban, Andrés y Juan se enamoraron al mismo tiempo y con igual intensidad, por lo menos en apariencia, de la hija del alcalde, linda muchacha de quince años; que unía á las bellezas de unos ojos negros y maliciosos como un epigrama, el atractivo de una boca fresca y sensual y de un cuerpo hermoso, no con finiquituras de señorita anémica, sino con robusteces de aldeana fornida.

La chica estuvo algun tiempo sin saber por cual decidirse, pues como hija de Eva á ninguno amaba. Los dos pretendientes se equilibraban en metales y allá se andaban, punto más punto menos, en belleza de cara y en gentil apostura, pero las simpatías que se llevaba Andrés y los rencores que producía Juan, le hicieron elegir al primero, dando unas calabazas de p y p y doble ú al empingorotado y envidioso labrador.

Juró Juan vengarse de tamaño injusticia y de tan gran desaire, y, sin volver á dirigir la palabra á su antiguo amigo ni asistir á su boda, se largó del pueblo á la francesa, corriendo rumores de que se había alistado en una partida facciosa, sabe Dios con que santas intenciones

II

Pasó tiempo, no años, pero sí meses; la guerra civil destrozaba la Península y los dos bandos se disputaban la nación como hermanos mal avenidos con la herencia de su padre. En las aldeas, el furor político separaba á los amigos, á los hermanos, á todo el mundo; corrían los valientes á la horrenda lucha; los timoratos se escondían en sus casas á mascullar salves y letanías y unos y otros encontraban libre campo para sus malversaciones y crímenes, cubriendo las primeras con el nombre de tributos de guerra y disculpando los segundos con las necesidades de partido.

En el Norte dominaba el Pretendiente, y sus tropas, al mando el celeberrimo general Cabrera, hacían correrías por los pueblos limítrofes, destruyendo y matando, dejando detrás luto y ruinas y bandadas de cuervos que acudían á picotear los cadáveres, pobres despojos de brillantes ejércitos aplastados en batallas de enorme carnicería en las que la mano helada de la muerte hacía inútil cuando produjera el valor sin límites y la desesperación del heroísmo.

Una noche, los carlistas asaltaron la aldea donde vivía Andrés. Los vecinos, que en su mayor parte eran liberales, se defendieron bravamente; pero no tenían más que hoces y fusiles de chispa y cedieron ante el número y la superioridad de armamento. Los guerrilleros entraron en el pueblo y empezaron á dictar esas órdenes despóticas con que los vencedores se complacen en hacer más humillante y triste la condición de los vencidos.

Mandaba la guerrilla, un oficial joven, de aspecto rudo y ordinario, pero con aire insufriblemente presuntuoso. Acompañado de ocho soldados se dirigió á la casa de Andrés, desde la cual habían hecho heroica resistencia.

Triste aspecto presentaba la cocina al entrar el jefe carlista: Andrés se hallaba tendido en el suelo, pálido y ensangretado; su mujer con la angustia pintada en el lindo rostro, procuraba sostenerle y reanimar aquel cuerpo, que el espíritu abandonaba precipitándose por el enorme boquete de la herida,

El oficial miró aquel cuadro con alegría reconcentrada; se pasó la mano por la frente; después hizo una seña y sus soldados cojieron á la mujer y la sacaron fuera, sin cuidarse de sus gritos ni de sus arañazos. El carlista levantó al herido, le echó agua al rostro y cuando, recobró el conocimiento, lo llevó á la ventana sosteniéndole con sus robustos brazos.

Andrés miró; su esposa estaba delante de un cuadro formado; el infeliz ganadero quiso gritar y no pudo; toda su vida se reconcentró en sus ojos. Se oyó una voz de mando; después sonó una descarga y la condenada girando sobre sí misma, cayó al suelo, mordiéndose la hierva en las últimas atroces convulsiones de la agonía.

Andrés se volvió con un movimiento nervioso, vió á su verdugo y, pronunciando un nombre y una maldición, cayó pesadamente, mientras el carlista lanzaba una carcajada y salía de la casa, dirigiéndose á la plazuela donde vivaqueaba su tropa.

III

Las diez: parecía mentira que tan pronto hubiese transcurrido el tiempo.

Sonaron clarines y trompetas, siguióse vivo tiroteo y los que estaban agazapados se levantaron y salieron al campo para entrar en batalla. La lucha habíase emprendido fiera y sin cuartel y los combatientes olvidados de todo y borrachos de coraje y de pólvora peleaban como leones.

Mezcláronse isabelinos y carlistas y, al confundirse, un oscuro voluntario liberal se avanzó iracundo á un comandante faccioso y, después de clavar su bayoneta en el pecho del caballo, rodó con él.

Los dos enemigos forcejearon inútilmente; el voluntario disparó su pistola sobre el pecho del jefe carlista, diciéndole al mismo tiempo: —Ya estamos en paz.

—Aún no, contestó el herido descerrojando la suya sobre su contrario.

Después se volvieron á abrazar fuertemente mezclándose los alientos y confundiéndose la sangre.

La ronda de sanitarios recorría el campo de batalla; la pálida luz de los faros se proyectaba fúnebremente sobre los cadáveres ensangrentados.

—Mire V. doctor; dijo un capitán deteniéndose junto á dos muertos enlazados amorosamente —Mire: un carlista y uno de los nuestros; ¡infelices! serían amigos y al reconocerse en la batalla, heridos tal vez se han reunido para morir abrazados ¡Cuántas amistades deshacen las guerras civiles!

Y la ronda prosiguió su lúgubre paseo, amontonando cadáveres y recojiendo heridos.

SEJO.

8 Noviembre 1894.

LOS MONJES DEL SIGLO XIX



El —Daría cualquier cosa por convertirme en el impermeable que lleva V. encima.

Ella —pues, hombre, de impermeable ya tiene V. algo: la goma.

EL MUNDO IDEAL.

Después de un día pésimo por el sin número de cuentas que en él habían querido mis *ingleses* hiciera efectivas, después de muchas promesas á los cobradores, gente casi siempre sin educación y dispuesta la mayor parte de las veces á sacarle á uno los colores á la cara, llegó la hora feliz de lanzarme al único precipicio en que mi espíritu se sentía capaz de abismarse, á la cama, blanda y muelle y con unas sabanitas tan limpias, que daba gloria verlas.

Arrojéme en ella, y luego de discutir el mejor medio de poder despedir al día siguiente á los hijos de la pérfida Aalbión cuando se presentasen con aquellos papelitos tan odiosos y monótonos; pues todos llevaban la consabida frase *es en deber*, que aborrezco como aborrezco al académico que la introdujo en nuestro idioma, vino el señor de Morfeo á apoderarse de mis sentidos y á humedecer mis párpados con un poquito de goma para que estos se uniesen y todo junto me produjese ese no sé qué llamado sueño, y por el cual tenemos—salvo rarísimas excepciones—especial predilección.

Más no fué un sueño desprovisto de agradables accidentes; una pesadilla vino á hacerle compañía; pero no terrorífica, si no dulce, deleitosa, placentera y alegre como una niña de á quince.

Quiero aquí describiros, tal y cómo fué, mi sueño.

El mundo dormía como yo profundamente y trascurrido breve tiempo, vino á despertarnos á todos el fuerte ruido producido por bélicas trompas cuyo sonido era en todo muy diferente al que podría sacar de ellas el mejor de nuestros murguistas.

Atónitos, y con un poquito de miedo por lo extraño que era á aquella hora que nadie viniera á dar serenatas; salimos en precipitada carrera, cuando una voz dulce y cariñosa nos hizo detenernos gritándonos:—«Habitantes de la tierra: Yo soy el Dios del *Debe* y el *Haber* que sabéis muy bien tengo poder infinito para deshacer lo hecho y reconstruirlo de nuevo, ó sepultarlo en las profundidades de la nada con una sola palabra que pronuncie; habiendo visto lo mucho y grandemente que habeis padecido en esa coquetuela tierra, he querido daros una muestra del amor especialísimo que á vosotros profeso perdonándoos algunos pecadillos cometidos en detrimento de mis poderes y dando á vuestras obras el premio y galardón que merecen.»

Terminadas que fueron estas frases, tornaron á sonar de nuevo las trompas, apareciendo un coro de enanillos, todos los cuales llevaban haces de leña, que depositaban en una plazoleta preparada convenientemente y rodearon al dios de los facturas, el cual, señalando al montón de leña dijo:—«Hágase el fuego.»—Una gran luminaria alumbró nuestros respectivos rostros en los cuales la nota do-

minante era el asombro, mientras dos guomos muy revoltosos nos traían prisionero al *Espíritu del mal*, que fué presentado al semi-dios el cual dijo:—«Tú viniste á pervertir al mundo, le increpó éste con vos vibrante y acongojada mientras existía el libre albedrío; y una vez desposeidos los hombres de esa facultad sobras en aquél: como en tu dilatada vida no has tenido acto digno de elogio, muere entre las llamas de esa hoguera, roja como la señal que en el alma dejabas, abrasadora como tus fatales consecuencias é incandescente como todo tu sér. Y el *Mal* fué lanzado á las llamas, donde desapareció, quedando convertido en pavesas.

El dios prosiguió luego: «Traiganme los abogados y médicos sus togas; objetos inútiles desde hoy, pues que no existiendo el mal no tienen razón de ser los asesinatos, robos, estafas, latrocinios, secuestros y demás motivos de pleito así como las enfermedades y dolencias: ya están de más todas esas túnicas con esclavinas encarnadas ó amarillas, símbolo en los primeros del rubor que debió cubrir sus semblantes cuando defendiesen cosa indigna y de la ictericia en los segundos, que debía asañar su organismo cuando los medicamentos que recetasen no produjeran un resultado beneficioso y rápido. Vaya todo al fuego» Llamó, por último, á los sombrereros, sastres, zapateros, fabricantes, industriales, acaparadores, bolsistas, traficantes, dueños de almacenes y bazares é hizo que le diesen las cuentas que tuvieren contra sus parroquianos—por cierto que yo dije á mi sastre, que era el más tabarrista de mis acredores, que no olvidara la mia—y entregadas que fueron exclamó:—«Como desde hoy no va á haber tuyo ni mio entre los hombres, estos papeles que tantos disgustos y rencillas, demandas y réplicas han costado dejan de existir, desde ahora.» Y arrojándolos al fuego produjeron tal resplandor que el mismo Señor del *Debe* y al *Haber* manifestó su asombro con estas palabras:

«Parece mentira que esos papeles produzcan llamarada tan estupenda y colosal; eso prueba que el número de los tramposos, como el de los tontos, es infinito.

—No apurao por que y suprimidos todos desde este instante ya no existan carreras, oficios, ni empleos, pues que vuestras necesidades serán por mí satisfechas, sin que entre el rico y el pobre, noble y el plebeyo, el jefe y el subalterno, el ingenioso y el romo, el de criterio y el bárbaro existan diferencia: solo existirá el más acendrado amor entre vosotros, sin que la enemiga del vale y la cuenta, que es correlativa de aquel, vengan á llenar de negrura vuestra vida.

De nuevo las metálicas trompas lanzaron al aire sus armoniosos sonidos, mientras los guomos, enanillos, y diablitos se agrupaban en correcta formación circundando al dioscecillo de feria, em-

prendiendo después pausada y majestuosa marcha y desapareciendo por fin de nuestra vista, entre torbellinos de colores.

Atónito, pero alegre como unas castañuelas en manos de andaluza, en el preciso momento en que iba á engullirme un hermoso salchichon, que en forma de *maná* había caído en mis manos sentí unos golpecitos lentos al principio y que adquirieron proporciones alarmantes al final: abrí los ojos, y encontréme frente á frente con mi doméstico á quien abracé con efusión mientras la preguntaba acerca de su llamamiento.

Sobrecogióse en un principio por lo extraño de mi despertar y luego pronunció estas terribles palabras:

—Señorito la cuenta del sastre—¿Cómo cuentas? exclamé asustado.—No han sido quemadas todas delante de mí.—Aba; no Señorito: seguro pudo V. dormir y malo ahora su cabeza: no ta ha podido quemar el cuenta del sastre.

Y yo que creía haber liquidado ya todas mis deudas.

FÉ DE RICO.

DUDA.



—Y pregunto yo. Ahora que Inglaterra llama á sus ejércitos de la India, ¿llamará también á mis ingleses?

CANTARES FILOSÓFICOS.

*Dos meses después de muerto
y de gusanos comido...
sin taparse las narices
cualquiera se acerca al nicho.*

Tú lo sabes, yo lo sé,
yo me callo y tú te callas.
¿Qué dirá el pobre lector
que no sabe una palabra?

*Mi pare se me murió
y se me murió mi mare:
ende que los dos se han muerto
esto y guérfano de pares.*

¿Qué no hay pena, cual tu pena?
ni dolor cual tus dolores
¡ay, serrana si tratases!
de cerca á los editores!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

ANUNCIOS

MÁQUINAS SINGER

10 REALES SEMANALES

9-ESCOLTA-9

TABAQUERIA NACIONAL

--) ESCOLTA (—

Expendeduría oficial de billetes de la Lotería.

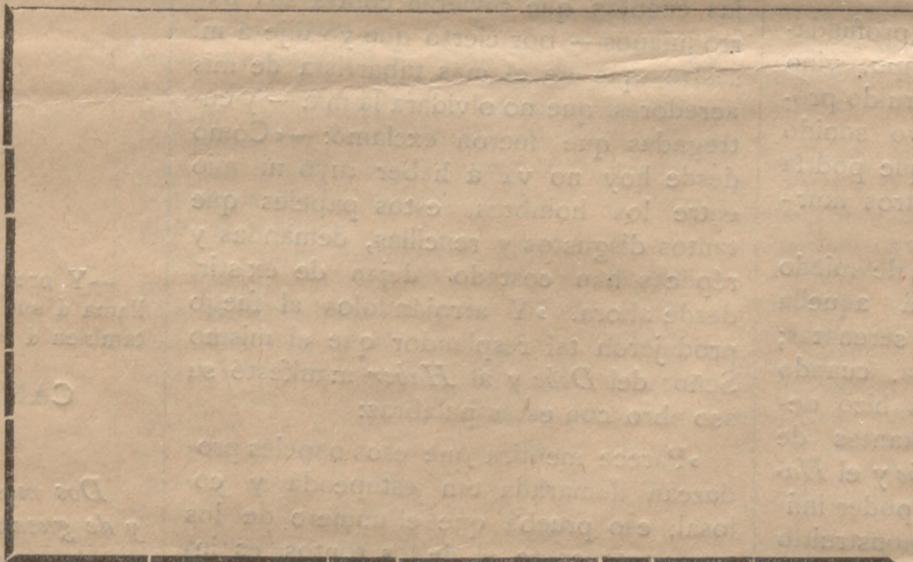
CASA DE CAMBIO

Tabacos y cigarrillos de las mejores fábricas.

Billetes de la Lotería de Navidad de la Península.

TABAQUERIA NACIONAL

ESCOLTA



LA COOPERATIVA MILITAR

Almacén de Comestibles de Europa

Importación de las principales casas de España y del Extranjero.

Precios al alcance de todas las fortunas.

LA COOPERATIVA MILITAR

PLAZA DEL VIVAC

Fábrica de Cerveza de S. Miguel

Con real privilegio por 20 años

CLASES:

LAGER Y DOBLE-BOCK

Se vende al grifo y al detall en la Cervecería, Escolta, núm. 12.

También se halla de venta, en cajas [y botellas, en todos los Almacenes de vinos y comestibles de esta capital. Los pedidos pueden dirigirse á la fábrica

6-S. Miguel-6